

## CONSTRUIR EL ENTORNO PARA EL PROGRESO

**E**l tono del libro *Capitalismo: antídoto contra la pobreza* que aquí presenta Cedice Libertad es, en general, optimista. Su autora, la joven y querida internacionalista argentina Antonella Marty se nutre del optimismo de autores como Eamonn Butler y Steven Pinker –pensadores contemporáneos emblemáticos a los que cita en su trabajo– ante las ventajosas condiciones en las que ha vivido la especie humana en el último siglo, respecto a cualquier otro período de la historia. Retoma la visión de creencia en el progreso y el futuro de la humanidad propia de todas las corrientes del liberalismo desde el siglo XVII hasta la actualidad.

Sin embargo, esta obra no se aleja del todo de los dos otros trabajos de la autora –*La dictadura intelectual populista* y *Lo que todo revolucionario del siglo XXI debe saber*– en sus intentos de advertencia y precaución. Pese a estos dos siglos en los que hemos alcanzado niveles de evolución «que nuestros antepasados ni siquiera hubieran logrado imaginar», en palabras de la propia autora, la historia de la especie humana es una de cambio y transformación. Esto no implica que tal progreso sea intocable e invencible. Muy por el contrario, toda la obra de Antonella (tanto el libro que ahora presentamos como sus trabajos previos) apunta a lo contrario, a prevenir sobre los peligros ocultos que atentan contra ese progreso que solo puede darse en un marco de libertad y respeto a esas instituciones sociales complejas que, como recuerda la autora en la línea de otros clásicos del pensamiento liberal como Friedrich Hayek, son resultado de «fenómenos ordenados pero que no son resultado de una planificación».

Y es que el principal de los peligros sobre los que alerta Marty en su obra son los intentos socialistas y colectivistas de toda índole. Esta

ha sido la gesta personal de la autora, que ha combatido el plano intelectual del socialismo al alertar sobre el rol de las ideologías para imponer sistemas que atentan contra tales referentes institucionales —el libre mercado y los derechos de propiedad, entre ellos.

En su nuevo libro, *Capitalismo: antídoto contra la pobreza*, va un paso más allá y de manera titánica y bien documentada repasa las razones por las que el rechazo al socialismo no debe darse solamente en el plano de lo intelectual, sino también, y sobre todo, en lo práctico: en entender que como modelo económico el único que ha funcionado para combatir la pobreza y el hambre a lo largo de la historia ha sido el capitalismo y que, por tanto, es este el que debe respaldarse y defenderse incondicionalmente si se desea que la humanidad continúe con los niveles de progreso y crecimiento del último siglo. En dos palabras, el ambiente y las condiciones que requiere una sociedad para crecer y progresar es aquel en el que se respetan los derechos de propiedad, se fomentan las interacciones voluntarias a través del libre mercado y se apoya la labor del empresario como generador de riqueza. Para mí es un placer presentar este trabajo de Antonella que contribuye en mucho a dejar claro cuáles son las ideas y las políticas públicas que florecen, cuando los ciudadanos las cultivan y ponen en práctica.

**Rocio Guijarro Saucedo**

Gerente General de Cedice Libertad

## GANEMOS LA BATALLA DE LAS IDEAS Y ASEGUREMOS LA LIBERTAD

**A**mérica Latina es un continente de contrastes extremos entre experiencias también muy contrastantes. Por una parte, vemos los desalentadores resultados de la apuesta al caudillo, los providencialismos supersticiosos y los gobiernos desmesurados. Este continente ha sido tierra fértil para la recurrencia de una ruta perversa que comienza con el resentimiento y termina, luego de perder demasiados años, en mayor pobreza y poco o ningún aprendizaje. Si los demagogos no terminan con el éxito prometido quedará su leyenda de lucha monumental entre ellos y el mal representado por enemigos poderosos pero imprecisos.

Por la otra, siempre hemos contado con el esfuerzo civilizador en contraste con la tendencia a imponer la barbarie. Hay decenas de indicadores que muestran cómo hemos vencido las enfermedades, el aislamiento territorial o el analfabetismo, mientras se pueblan ciudades y pueblos de emprendimientos privados que sacan de la pobreza a cantidades ingentes de la población.

Sin embargo, nos ha costado mucho plantear el debate y ganar la batalla de las ideas. Cuando las cosas van bien aplaudimos demasiado temprano al «hombre fuerte». Cuando van mal buscamos a otro que lo haga mejor, con mayor ferocidad y menor respeto por las instituciones. Por esa ruta hemos enmarañado nuestras políticas públicas acumulando una medida de intervención tras otra, asfixiando los mercados y patrocinando, tal vez sin quererlo, una escalada totalitaria. Aplaudimos con la inconsciencia del caso cada vez que el go-

bierno se querella contra los mercados e inventa un subsidio que a la larga se transforma en mayores impuestos, endeudamiento inmanejable e inflación galopante. Y volvemos a hacerlo cada vez que nos sentimos desamparados. Exigimos precios bajos, beneficios laborales crecientes, tarifas congeladas, «salarios dignos», sin preguntarnos nunca cómo se van a pagar. Nos encanta la jerga de los derechos adquiridos, y nos hemos acostumbrados al chantaje de un festín en tiempo presente que niega el futuro, que no piensa en términos de ahorro sino de dispendio. Esa forma de asumir los países nos ha costado perder décadas intentando salir de un laberinto inextricable.

Demasiadas veces nuestra América Latina ha sido víctima de intentos atroces que buscan lograr buenos resultados con malas ideas; estas obsesiones, asumidas con compulsión fanática, se transformaron en planes que se impusieron a pueblos enteros con fervor dogmático, sin importar los costos en ruina social, vidas humanas y sufrimiento colectivo. Todos ellos vendiéndose como redentores de sus pueblos, terminaron siendo su azote. Decían que venían a imponer la igualdad y ocasionaron las peores diferencias entre una minoría corrupta que ejerce el poder mediante la fuerza, y una ciudadanía incapaz de hacer frente a la persecución, la perversidad, el destierro y la muerte. Todos ellos tratando de reducir la historia de nuestros países a su biografía, endiosándose mediante la compulsión de una versión oficial de los acontecimientos y transformando al resto en magros decorados imposibilitados de hacerle sombra a su presunta grandeza.

Pero volvamos a la línea argumental. La sombra de los caudillos, protagonistas de los gobiernos desmesurados, nos ha impedido resaltar las verdaderas relaciones causales de la suerte de nuestras naciones, a saber: solamente gobiernos limitados y sistemas de mercados robustos favorecen el progreso de nuestros países y la prosperidad de nuestros ciudadanos. Y su contrario: cuando se permiten gobiernos

desmedidos con su extensa burocracia que se especializan en la intervención de los mercados, luego del escaso tiempo en que se incita la euforia del resentimiento y la displicencia en el gasto, lo que se provoca es el colapso del Estado, el descrédito de la democracia y la debacle de nuestra gente. Los mismos que aplaudieron la apoteosis mesiánica terminan con las manos vacías y el futuro comprometido. Pero insisto, la lección de la moraleja no la hemos logrado implantar en la conciencia colectiva de nuestras naciones. Por eso la tragedia de la espiral perversa que se repite una y otra vez, para nuestra mayor desgracia.

Cerca de un siglo hemos intentado vencer la pobreza atacando la riqueza. Demasiado tiempo hemos insistido en la falacia de la relación inversa entre ricos y pobres. Nunca está de más decir que eso nunca ha sido cierto. En la Edad Media la burguesía originaria condenada a no poder disfrutar de las herencias reservadas para los primogénitos, no hicieron otra cosa que ingeniárselas para abrir de nuevo los caminos del Imperio romano, replantearse el rol de las ciudades y encargarse del comercio entre las costas del Mediterráneo y el norte de Europa. Se hicieron ricos mediante el arduo trabajo del comercio, generalizaron el lujo, sacaron a las universidades del oscurantismo, las hicieron más útiles y universalizaron la sensación de que se podían resolver los problemas. Los burgueses encararon la cerrazón de castas entre una nobleza que, de repente, se vio tal y como era, parasitaria e incapaz de dirigir los destinos de sus súbditos, y un clero que resguardaba los privilegios y equiparaba la riqueza a un puesto seguro en los infiernos.

Una lucha de siglos finalmente impuso los resultados fructuosos de la diseminación del conocimiento, las técnicas, el fomento de la innovación, la legitimación creciente del afán de lucro y la búsqueda de la rentabilidad como bases morales del capitalismo. La universal división del trabajo y la especialización del conocimiento transforma-

ron la inmovilidad milenaria en un crecimiento sorprendente que explotó en el siglo XIX y no se ha detenido hasta nuestros días. A pesar del discurso providencialista de nuestros demagogos más conspicuos, la realidad es que generar riqueza y llegar a ser rico mediante el esfuerzo productivo es muy bueno para quienes lo logran y también para los países en donde estos emprendimientos se realizan.

El mercado ha sido el gran benefactor del ser humano. El agua potable, ropas de algodón lavables, la recuperación de los sistemas de recolección de residuos y excretas, el perfeccionamiento de la poceta, el papel higiénico, todas ellas fueron el resultado de la innovación industrial y no de la disposición de los gobiernos. La primera revolución industrial nos legó más vida al proveernos de jabón producido a gran escala y la posibilidad de vestir ropas que se pudieran lavar regularmente. No solamente las clases privilegiadas, sino la expectativa de universalizar el uso de ropa interior para todos aquellos que las pudiera adquirir, así como el fomento y facilitación de la higiene personal.

Las hambrunas medievales fueron desapareciendo cuando se mejoró la provisión de alimentos mediante sistemas de transporte más rápidos. La dieta comenzó a hacerse más diversa y el consumo de proteínas aumentó. Una mejora tras otra significó progreso hasta el punto de hacer inimaginable las condiciones de vida de hace trescientos años. La mortalidad disminuyó, las expectativas de vida se incrementaron y lo que pareciera más increíble de reconocer: las diferencias entre las condiciones de los pobres y la de los ricos se han reducido drásticamente.

Los baches en esta trayectoria hacia el bienestar han sido el producto de la prepotencia iluminista que, impactada por el avance y las posibilidades de la técnica, quiso entonces planificar la corrección de los entuertos propios de cualquier avance civilizacional. Preten-

dieron enmendarle la plana a Dios y favorecer el arribo de un imposible: un hombre nuevo, capaz de renunciar a su propia esencia, recalitrar en su virtud y prestarse a la implementación de un diseño perfecto de sociedad entre iguales. No la liberal igualdad ante la ley que nos hace a todos ciudadanos y, por tanto, integrantes del cuerpo de soberanos, sino la utópica eliminación de cualquier indicio de diferencia, enmendando el origen, desahuciando el libre albedrío y colocándonos a todos bajo el control de una «instancia superior» de predestinados que interpretando los arcanos del socialismo científico pretenden abrirle paso a una tierra nueva. Ya sabemos cuáles han sido las consecuencias que se tienen que contar en millones de muertos, guerra, destrucción y la amenaza constante de las acechanzas revolucionarias, el verdadero opio de los pueblos. Y es que sin libertad y el respeto por el derecho de propiedad no hay progreso posible. El profesor Jesús Huerta de Soto, en la gran introducción que hace de *La fatal arrogancia* de Hayek, lo plantea con esplendorosa claridad: Hay una «imposibilidad lógica del “racionalismo constructivista o cartesiano” que se basa en el espejismo de considerar que el poder de la razón humana es muy superior al que realmente tiene, y que cae, por tanto, en la fatal arrogancia “cientista” que consiste en no creer que existen límites en cuanto al desarrollo futuro en cuanto a las innovaciones de técnica o de ingeniería social». Imaginemos por un momento al caudillo decretando el allanamiento de las instituciones como la propiedad, el dinero, el sistema de intercambio, la legalidad de los contratos entre ciudadanos libres realizados sin coerción, la competencia y el incentivo asociado al lucro y el derecho a la vida, y comprenderemos cuan fatal y vana es la prepotencia llevada a esos extremos.

La obsesión redistributiva del caudillo hace que pierda de vista que los mercados son los mecanismos más eficientes para distribuir los ingresos. Y que solamente mediante el trabajo incesante y sistemático se puede producir riqueza. Tampoco existe la creación milagrosa

de recursos. Todos tienen origen, todo recurso asignado tiene primero que producirse. Transferir desde lo productivo a lo improductivo es imponer un gran despojo, y como se lo dije en su cara a Hugo Chávez en el Parlamento, «expropiar es robar». No existe eficiencia en la gestión centralizada de la economía. No existe moral superior del socialismo. No existen promesas socialistas que se hayan podido honrar.

Por eso celebro la presentación de esta obra y agradezco muchísimo que me hayan honrado con la solitud de este prólogo. Los líderes políticos debemos tener presente cuál es el alcance de nuestra gestión, cuáles los límites y sobre todo las instituciones que debemos respetar. Asegurar la alternancia, fomentar el sistema de mercado, respetar los derechos de propiedad, convocar a la creación de la riqueza mediante el trabajo productivo, respetar el mérito, atender compasivamente a los más necesitados sin caer en las trampas del populismo, evitar la demagogia, practicar la tolerancia sin conceder ventaja a las trampas de los socialismos intrínsecamente intransigentes, son todos ellos indicadores de que trabajamos dentro de los confines de la libertad.

**María Corina Machado**



**CAPITALISMO:  
UN ANTÍDOTO CONTRA LA POBREZA**



## INTRODUCCIÓN

**L**os seres humanos vivimos mejor que en cualquier otro momento de la historia. Deberíamos comenzar por preguntarnos cuál ha sido el gran secreto del *Homo sapiens*, cómo hemos hecho para establecernos en tantos lugares distintos y cómo empujamos a las demás especies humanas hacia el olvido. La gran pregunta es cómo y, además, por qué fue el *Homo sapiens* quien logró conquistar este especial planeta llamado Tierra y cómo hizo para salir de la caverna y acabar fundando luminosas ciudades y majestuosos imperios.

Una forma de comprender nuestro complejo mundo es contemplándolo desde ópticas divergentes y, por qué no, desde diferentes tiempos históricos. El autor sueco Johan Norberg, en su reciente libro *Grandes avances de la humanidad*, logra situarnos, al menos por un instante, en los zapatos (si es que tenía) de una niña que vivió unos doscientos años atrás. Veamos cómo vivía la pequeña y por qué hoy, ahora, en este preciso siglo, en este preciso año y en este preciso instante (cuando sea que lo lea), los seres humanos nos encontramos en el mejor momento para estar vivos:

*Pensemos en una niña de diez años hace doscientos años. Sin importar dónde hubiera nacido, su esperanza de vida habría sido de alrededor de treinta años. Habría tenido entre cinco y siete hermanos, y habría visto morir al menos a uno o dos. La posibilidad de que su madre sobreviviera el parto era menor que la de que la generación actual conozca a sus abuelos. La habrían criado bajo condiciones que consideramos intolerables. Su familia no habría tenido acceso a agua potable ni a un inodoro. Lo más probable es que ni siquiera hubieran tenido una letrina;*

*habrían utilizado una zanja o habrían ido detrás de un árbol a hacer sus necesidades. Su entorno habría estado cubierto de basura y excremento, lo cual contaminaría las fuentes de agua y acabaría con la vida. Sus padres habrían vivido con el temor constante de morir por la tuberculosis, el cólera, la viruela o el sarampión, o incluso de hambre. Esta niña habría padecido de alguna atrofia, y habría sido delgada y bajita, ya que vivía en un mundo de desnutrición crónica y hambruna recurrente, donde las personas no conseguían la energía necesaria para crecer y desarrollarse adecuadamente. Esa situación también habría impedido el desarrollo apropiado de su cerebro. No habría recibido ningún tipo de educación y jamás habría aprendido a leer y escribir. Sin duda, habría comenzado a trabajar desde muy pequeña, tal vez como empleada doméstica en la casa de otra familia. En cualquier caso, habría quedado afuera de casi todas las ocupaciones y habría sido considerada propiedad de su padre, hasta que éste la casara, en cuyo caso la propiedad habría pasado a su esposo. Si él la golpeaba o violaba, no había leyes que lo prohibieran. No habría podido organizarse políticamente para cambiar esa situación, ya que no habría tenido el derecho al voto ni a postularse en las elecciones, sin importar donde viviera. Si hubiese querido dejar todo e irse, no habría tenido automóviles, autobuses ni aviones; solo existían los primeros trenes en algunos países, pero se usaban para transportar materias primas y mercaderías. Habría vivido en un mundo brutal, donde el riesgo de una muerte violenta era casi tres veces el actual. Si vivía en Inglaterra, ese país tenía trescientos delitos capitales, por lo que incluso entonces habría visto cadáveres colgados en las horcas. La tortura y la esclavitud seguían siendo comunes. Los tiempos de paz solo eran un intermedio entre las guerras. El mundo acababa de vivir las guerras napoleónicas, en que toda Europa y muchas otras partes del mundo habían servido de campo de batalla. Cualquier defensa*

*que uno hubiera construido podía ser destruida en unos pocos días (...). Si la misma niña de diez años viviera hoy, el riesgo de que ella viva una vida de pobreza extrema ha disminuido del 90 % a menos del 10 %. Va a la escuela, al igual que casi todos los miembros de su generación, y será testigo de la erradicación del analfabetismo.*

A su vez, debemos sumar la importancia de las mejoras en la calidad de vida, la esperanza de vida y los grandes avances médicos y tecnológicos que hoy nos ayudan a vivir de una manera más cómoda y tranquila (avances que, por cierto, resultaron de grandes mentes que vivieron en sociedades libres y tuvieron tiempo para desarrollar, investigar o innovar).

Por otra parte, el psicólogo y científico canadiense Steven Pinker (2018) nos recordó el monólogo del comediante norteamericano Louis Szekely en el que dice: «¿Te quejas de que tu avión se ha retrasado 40 minutos? ¿Lo calificas como el peor día de tu vida? ¿Y luego, qué ocurrió? ¿Te pusiste a volar por el aire como un pájaro? ¿Estabas sentado en el medio del cielo, como un dios griego? ¿Y luego, qué? ¿Tu avión aterrizó suavemente gracias a unas ruedas que ni siquiera sabes cómo se inflaron?». A esto, Pinker responde algo absolutamente cierto, algo que muchos de nosotros debemos replantearnos y generar conciencia sobre la cuestión: «Damos por hecho las comodidades del presente como si fueran inevitables. No lo son».

La pobreza extrema, las hambrunas, las enfermedades, la violencia y las muertes por doquier fueron lo normal a lo largo de la historia de nuestra humanidad. La pobreza extrema, de hecho, fue la condición humana más habitual de la mayoría de los humanos que habitaron nuestro planeta. Hasta hace muy poco todos los seres humanos se encontraban bajo el umbral de la pobreza extrema y tenían una esperanza de vida de no más de 30 o 35 años (si contaban con cuotas de suerte y lograban sobrevivir a las abundantes adversidades).